

El combate del
CALLAO
*de 2 de mayo de 1866**

Alfredo Luna Tobar**



En agosto de 1863 se produjo en una hacienda de Pacasmayo, en la costa del Perú, un incidente en el que falleció un trabajador español. Para tratar del asunto que había vuelto tirantes las relaciones con España, vino a Lima, en marzo de 1864, el

diplomático Eusebio Salazar y Mazarredo, quien al no ser admitido por el Canciller peruano en las condiciones que deseaba, cortó violentamente su misión y luego de reunirse con la escuadra española del Pacífico que comandaba el Almirante Luis Hernández Pinzón, pro-

(*) Tomado de "El Ecuador en la Independencia del Perú", Volúmen 2, páginas 303 - 314, Quito 1986.

(**) *Embajador del Ecuador en el Vaticano.*

cedió a ocupar sin más trámite y sin instrucciones de España, las Islas Chinchas de soberanía peruana. Este hecho que provocó la consiguiente protesta del Canciller peruano, se sucedió al 14 de abril.

El 11 de enero, poco antes de la ocupación de las islas el Gobierno peruano presidido por el General Juan Antonio Pezet había invitado a través de su Ministro de Relaciones Exteriores Juan Antonio Ribeiro a las Repúblicas Americanas a que concurrieran a Lima a dilucidar asuntos de interés general, y aunque en la invitación sólo tímidamente se insinúa la principal motivación de la convocatoria, el conflicto con España, esta finalidad se haría presente con más claridad en documentos posteriores. Para representar al Ecuador en este Congreso, el Presidente García Moreno designó a Vicente Piedrahita, quien sólo pudo incorporarse a la reunión 14 días después de iniciada, es decir el 12 de noviembre.

Admitido en el seno del Congreso, Piedrahita dio al mismo una colaboración sumamente valiosa, pese a ser el más joven de los representantes americanos presentes. No nos detendremos, sin embargo, en la actuación de Piedrahita por cuanto no se ajusta estrictamente al tema de esta obra. Por otra parte, dos distinguidos historiadores contemporáneos han escrito ya con gran erudición y

lucidez sobre el tema. Continuaremos en consecuencia, resumiendo los acontecimientos hasta llegar al combate del 2 de mayo.

Varios intentos se hicieron tanto de parte de España como del Perú y aún del Cuerpo Diplomático acreditado en Lima, para llegar a un arreglo, pero nada de esto dio resultado y, al contrario, el Gobierno español terminó dando órdenes de reforzar con cinco buques su escuadra del Pacífico y reemplazó a Pinzón con el General Manuel Pareja.

Con fuertes presiones del Congreso Peruano y de la opinión externa, el Presidente Pezet se decidió a entrar en relación con el jefe de la escuadra española. Antes de iniciarse estas conversaciones se había reunido el Congreso Americano que trató de inmediato de buscar una solución al conflicto con España y llegó a dirigir un oficio al jefe español. Este mantenía tercamente la necesidad de que el Perú se declarase ajeno al atentado que Salazar y Mazarredo había sufrido en Panamá y que aceptase a un comisario español. El Perú estaba dispuesto a dar una respuesta positiva a estos planteamientos, siempre que previamente fueran desocupadas las Islas Chinchas y que se saludara al pabellón peruano, a lo que se negó Pareja quien, finalmente, el 25 de enero se presentó frente al Callao y dio al Perú un ultimátum: o acepta-

ba las condiciones señaladas o la escuadra española bloqueaba la costa y empezaba a explotar el guano por cuenta propia.

Finalmente, el 27 de enero de 1865 el negociador peruano Vivanco y el General Pareja suscribieron a bordo del buque *Villa de Madrid*, un tratado que fue testificado por el Ejecutivo, sin que el Congreso peruano llegara a opinar sobre el mismo. El 2 de febrero, en su manifiesto a la Nación, Pezet expresaba: "Ha terminado el conflicto que existía entre el Perú y España; las Islas de Chincha se hallan en nuestro poder; nuestro pabellón ha sido saludado; el decoro y la honra nacional están a salvo". (1430)

El conocimiento de este tratado causó conmoción en el Perú, y ese sentimiento se agravó debido a incidentes populares que acaecieron con marinos españoles que habían desembarcado pacíficamente en el Callao. Castilla dio los primeros pasos subversivos, pero fue deportado. Finalmente la revolución cundió en el país, para concluir después de largos meses con el corto Gobierno Provisional de Diez Canseco y la asunción del mando por el General Mariano Ignacio Prado, hecho acaecido el 28 de noviembre de 1865.

El 13 de diciembre Prado pasó una nota al Cuerpo Diplomático, anunciándole la ruptura de relaciones con España. También en Chile

había crecido la animosidad contra la antigua metrópoli y así el Perú y ese país firmaron el 5 de diciembre un tratado de alianza ofensiva y defensiva. El Ecuador adhirió el pacto el 30 de enero de 1866 y Bolivia el 22 de marzo siguiente. Desde entonces, dice Basadre, la escuadra española no tenía donde abastecerse y descansar, entre el Cabo de Hornos y Guayaquil. En las negociaciones de este tratado tuvo importante participación el Cónsul ecuatoriano en Lima, a la sazón también Secretario Encargado de Negocios a.i. de la Legación ecuatoriana, José Félix Luque, cuya participación en el 2 de mayo como lo veremos más adelante, sería muy distinguida.

El Perú contaba entonces con pocas unidades navales, pues los blindados que había contratado, no salían aún de los astilleros europeos. Esta pequeña escuadra viajó a Chile, a ponerse a las órdenes del Jefe chileno Rebolledo. En el viaje al Sur se perdió una nave en los arrecifes y hubo un encuentro de no mayores proporciones, el combate de Abtao.

El 31 de marzo la escuadra española, al mando de Méndez Nuñez bombardeó el puerto de Valparaíso, causando cuantiosos daños y se dirigió de inmediato hacia el Callao, apareciendo en un extremo de la *Isla San Lorenzo* el 26 de abril. El 27 Méndez Nuñez dirigió desde el bu-

que Numancia un manifiesto al Cuerpo Diplomático acreditado en Lima, anunciando que bombardearía Callao como castigo al Perú por haber declarado sin efecto el tratado Vivanco - Pareja, por atropellar derechos de súbditos españoles y por haberse aliado con Chile para declarar la guerra a España.

El pueblo de Lima y de el Callao y en él muchos extranjeros residentes en las dos ciudades, particularmente ecuatorianos, se apresuraron a repeler la agresión bajo la dirección militar del Ministro de Guerra José Gálvez. Las acciones del lado americano no fueron precisamente un prodigio de eficacia, pero causaron algún daño en las naves españolas. Para la defensa se había colocado baterías al norte y sur de la población, pues el centro quedó ocupado por los buques de guerra que no habían viajado a Chile. Los españoles contaban con seis fragatas, una corbeta y varios transportes, con un total de 300 cañones.

Podrá quizá no ser la mejor de las narraciones del combate, pero la más interesante para nosotros es la que el Cónsul ecuatoriano José Félix Luque que participó activamente en la acción, transmitió al Ministerio de Relaciones Exteriores de Quito. Transcribimos algunas partes del relato de este valiente y entusiasta compatriota:

" El 2 de mayo fue el día escogi-

do por el jefe de la flota enemiga para imponer al país el castigo que, según él, lo merecía. A las 10 de la mañana, la escuadra española comenzó a moverse y la lancha a vapor de la Numancia giraba a toda máquina entre los buques impartiendo órdenes. Tres de ellos, Numancia, Blanca y Almanza, pusieron proa al puerto para atacar las baterías del sur, al mismo tiempo que la Villa de Madrid, Resolución, Berenguela y Vencedora se dirigían al norte. A las 12:05 la Numancia rompió sus fuegos que fueron contestados con un hurra general y una lluvia de balas, estableciéndose un cañoneo tan nutrido que era imposible calcular el número de proyectiles que se arrojaban.

Las naves españolas Berenguela, Villa de Madrid, Almanza y Resolución tuvieron que retirarse una a una, a causa de terribles daños que habían sufrido, y la misma Numancia, la invencible, tuvo también que separarse de su puesto, y llamar en su auxilio a la Almanza, para ir a repararse, volviendo a la media hora, más terrible que cuando había entrado. El combate duró desde las 12:05 del día hasta las 4:20. Se calcula en 5.000 el número de proyectiles lanzados por el enemigo. La resistencia ha sido heroica, vista la desigualdad de las fuerzas. Ellos disponían de 379 cañones, mientras que nosotros no

teníamos más que 50.

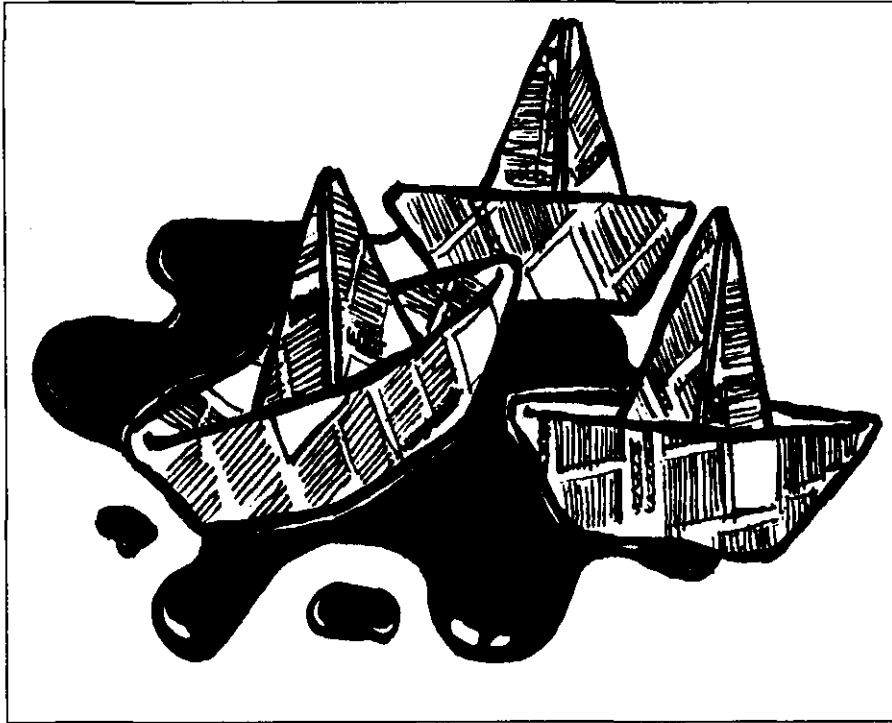
La ciudad ha sufrido poco y ningún incendio ha tenido lugar. El número de nuestro muertos y heridos se eleva a más de 200...La torre llamada, de la Merced...ha sido el centro de una lamentable (explosión) catástrofe, que ha cubierto ese día glorioso de un crespón fúnebre y ha hecho sangrar todos los corazones... El honorable Secretario de Guerra y de la Marina, señor Galvez, el inteligente y bravo Coronel colombiano Borda, y muchas otras personas distinguidas fueron las víctimas de ese desgraciado suceso".

La participación de los ecuatorianos en este combate fue, ya lo hemos anunciado repetidamente, importantísima. En vísperas del ataque numerosos compatriotas nuestros residentes en Lima y el Callao, se reunieron varias veces en la casa del Cónsul Secretario de la Legación, señor Luque y "le suplicaron pedir al Gobierno peruano que se les diera una batería que como americanos sabrían defender". Luque aplaudió la idea, felicitó a los ecuatorianos presentes por su patriotismo emericano y les ofreció realizar la gestión que le solicitaban, como en efecto lo hizo y con éxito, pues consiguió la autorización de Gálvez.

De inmediato organizó a los ecuatorianos en una columna formada por tres compañías, que por la

representación oficial que ostentaba, quedaron bajo su mando. A la primera de estas compañías se encargó la batería Chacabuco, y particularmente las piezas 1 y 7. Como comandante de la séptima pieza actuó el Teniente Coronel Martín Lautaro Lamota de Guayaquil. La segunda compañía armada de rifles enviados expresamente por el Presidente Prado, montó guardia junto a las ambulancias de Bellavista; la tercera fue encargada del transporte de heridos. Hubo también numerosos ecuatorianos en la Torre de La Merced y en las baterías de Zepita y del Pueblo, situada esta última junto a la torre. La 11a. pieza de la Batería del pueblo fue confiada al latacungueño Capitán Antonio Mesías.

Como jefe de la columna ecuatoriana, Luque recorrió a caballo los lugares peligrosos y, según su propio relato escapó más de una vez a los innumerables proyectiles que mataron a muchos de nuestros compatriotas. Luque atendió y ayudó a varias personas durante el combate y salvó la vida de Capitán de Corbeta José Sánchez Lagomarsino y le insufló ánimo para resistir hasta que recibiera ayuda de las ambulancias. En síntesis, "prestó importantes servicios a la causa del Perú y de la América, servicios que le valieron diplomas, condecoraciones y menciones honoríficas de su Gobierno y de las Repúblicas aliadas".



En medio de las preocupaciones del combate y de las obligaciones que se disponía a cumplir, porque así lo había impuesto su patriotismo americano, tuvo Luque que dedicar también su atención a algo directamente relacionado con sus funciones de Cónsul y de Secretario de la Legación ecuatoriana en Lima: en los mismo momentos que la Numancia arrojaba sobre el puerto la primera andanada de sus poderosos cañones, el vapor del norte

echaba anclas en el Callao y en él venía el nuevo Ministro Plenipotenciario ecuatoriano Benigno Malo, jefe y antiguo amigo de Luque. El eficiente Cónsul tuvo también que ayudarlo a desembarcar y atenderlo.

Pero si la actuación de Luque fue muy distinguida, la de los ecuatorianos que combatieron en las baterías Chacabuco, del Pueblo y Zepita, fue heroica. La Séptima pieza de Chacabuco comandada, co-

mo hemos dicho por Martín Lautaro La Mota fue alcanzada de lleno por un proyectil de la Berenguela y allí rindieron valientemente su vida 3 ecuatorianos, "recogiendo para nuestra querida Patria un laurel honroso": el Coronel Miguel Zamora, que acompañaba a Lamota en calidad de Ayudante, el Subteniente Manuel Dionisio Cortés y Abel Ordóñez, sirvientes de la pieza. Cipriano Lamas, ecuatoriano también como los anteriores, recibió graves heridas como consecuencia de las cuales quedaría inválido. Lamota y otros dos compatriotas que servían a la misma pieza quedaron milagrosamente ilesos. Como consecuencia de la explosión de la torre de La Merced fuer herido el compatriota Juan de Dios Elizalde, que se hallaba en la misma junto al Ministro de Guerra del Perú, en le momento de la explosión. Fue también herido en el mismo lugar y circunstancias Roberto Espinoza.

Tomaron también parte en el combate y tuvieron la suerte de salir ilesos los siguientes ecuatorianos: Teniente Flavio Solórzano, Sirviente en Chacabuco; Abelardo Cucalón, sirviente en la Chacabuco; Subteniente Luciano Carcelén, sirviente en Zepita; Teniente Vicente Tinajero, sirviente en Zepita; Capitán Felipe Gutiérrez, sirviente en Zepita; Pedro Mariño, sirviente en la Torre de La Merced; Manuel Merino, sirvien-

te en la Batería del Pueblo; Capitán Antonio Mesías y Noboa, Comandante de la 11a. Pieza de la Batería del Pueblo; Aparicio Cofín, Belisario Rivas, Camilo Gómez, Filomeno Ortiz, Federico Méndez, Miguel Ortega, Modesto Cruz, Pastor Rivas, Pedro Calderón, Trinidad Quinteros, Emiliano Lona y muchos otros. Carmen Garcés de Reyes fue la " heroína ecuatoriana que recorría las baterías, durante el fuego del combate, animando a los soldados y auxiliando a los heridos".

De entre todos los nombrados sólo tenemos noticias adicionales a las señaladas de Luque, Llona y Mesías; al primero nos referimos extensamente en este Capítulo; de Emiliano Llona conocemos que fue guayaquileño; que participó en la acción del 2 de mayo como voluntario y que era hermano de Numa Pompilio Llona del que hablaremos más adelante; Emiliano transmitió información sobre el combate al diario El Comercio de Lima; sus crónicas de testigo y actor de los acontecimientos, han sido muy valiosa fuente de información para todos los historiadores modernos; muchos de los detalles de la acción llegaron a hacerse públicos gracias a Llona.

Las investigaciones de Franklin Barriga López nos han permitido conocer detalles de la vida de Mesías Noboa; en su artículo ya citado,

Barriga transcribe las siguientes frases de Carlos Enrique de la Vega, relacionadas con este patriota laticungeño;

"En (la) histórica y gloriosa acción de armas del Callao combatió el Capitán Antonio Mesías comandando la Batería No. 11 del pueblo, al frente de un conglomerado de valientes soldados, civiles y hombres del pueblo. Lugar al que había concurrido y había combatido: ecuatorianos y peruanos en mayor número y de los demás países hermanos de nuestra Indoamérica, y quienes, cubriéndose de gloria, junto con su Comandante el Capitán Antonio Mesías y Noboa, sus valientes, aguerridos y afortunados soldados, en lucha heroica, patriótica y decidida, después de seis o más horas de furioso combate lograron derrotar al invasor".

Añade Barriga que Mesías "fue nativo de Latacunga, razón por la que, en gesto que le honra, el I. Consejo de la actual Capital de Cotopaxi, el 5 de diciembre de 1824, expidió acuerdo designándolo Benemérito Ciudadano laticungeño, nominación cabal y de aceptación unánime que responde a mérito auténtico".

Recuerda Franklin Barriga que el 2 de mayo de 1930 el Gobierno peruano condecoró al Capitán Mesías, por intermedio del doctor Ricardo Ribera Schreiber, Ministro

Plenipotenciario en Quito, quien al entregar el viejo soldado la insignia correspondiente,, expresó, entre otras cosas, lo siguiente: "La medalla que os he venido a colocar en vuestro pecho es pequeña ofrenda ante tus (sic) virtudes. Recibidla con la profunda emoción y gratitud con que os dedica el Gobierno de mi Patria el Perú, para uno de los meritísimos soldados de América". El Gobierno de Lima concedió a Mesías una pensión vitalicia que el ecuatoriano se negó a aceptar. Mesías Noboa fue miembro activo de la Sociedad de fundadores de la Independencia y Vencedores del 2 de mayo.

Retornemos al ecuatoriano que más se distinguió el 2 de mayo de 1866, a José Félix Luque, para señalar que fueron muchos los testimonios de gratitud que recibió por sus actuaciones en el combate. La Cancillería ecuatoriana, en representación del Gobierno Nacional, hizo llegar a Luque sus felicitaciones; le confirmó como Secretario de la Legación; le ascendió luego a Cónsul General de la República en Lima, "con mil quinientos pesos de emolumentos, en vista de la pobreza del Tesoro Nacional". Al notificarle este nombramiento, el Ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador, Manuel Bustamante, señala que lo hace en nombre del Jefe de Estado, "deseoso de dar a usted una prueba

de su gratitud por los servicios eminentes que usted ha prestado a la Nación"; más tarde en septiembre de 1869, Luque sería ascendido a Encargado de Negocios titular.

El jefe Supremo del Perú, General Mariano Ignacio Prado le concedió "la medalla otorgada el 2 de junio (de 1866) a fin de que pueda llevarla como un signo de reconocimiento nacional, y para hacer acordar a sus descendientes que él fue uno de los heroicos defensores del honor y la integridad de la República y el respeto debido al continente".

Mariano Melgarejo, Presidente Provisorio de Bolivia, condecoró a Luque el 20 de agosto de 1869, de acuerdo con un decreto que él mismo había dictado el 23 de junio de 1866, por haber "tomado parte el 2 de mayo de 1866 en el glorioso combate del Callao, en el cual la flota española ha sufrido una vergonzosa derrota" y como "un tributo de gratitud nacional" a "los valientes héroes de esa gloriosa jornada que añade una página brillante a la Historia de la Independencia Americana".

La noticia del combate del Callao, según nos informa Basadre, llegó a Quito el 17 de mayo, comunicada en Paita por el Comodoro norteamericano de la flota de ese país en el Pacífico y transmitida a la Legación peruana en Quito por el Capitán del Puerto indicado. En

nuestra Capital hubo repique general de campanas y los pabellones ecuatoriano, boliviano, chileno y peruano ondearon en numerosos establecimientos públicos y casa de la ciudad. El Presidente Jerónimo Carrión mandó publicar un bando disponiendo la celebración de la victoria por tres días consecutivos, con repiques generales, iluminaciones y diversas manifestaciones públicas. La sociedad quiteña, según informaba a su Cancillería el Ministro peruano José Luis Quiñones, "hizo un paseo marcial con los pabellones de las cuatro naciones aliadas por las principales calles de la población".

Olmedo inmortalizó las batallas de Junín y Ayacucho, convirtiéndolas en versos tan impercederos como el bronce o el granito: otro poeta ecuatoriano, Numa Pompilio Llona, colaboraría a perpetuar el recuerdo del 2 de mayo, no solamente con los magníficos versos que dedicó aquella jornada, sino encargándose de hacer realidad lo que se convirtió en afán de todo el pueblo peruano, poco después del Combate del Callao: construir un gran monumento que mantuviera para siempre el recuerdo de ese hecho.

Llona nació en Guayaquil en 1832; fue el mayor de cuatro hijos de José Leocadio Llona y Mercedes Echeverry. Hizo sus estudios en Lima y joven aún dictó algunas cáte-

dras en la Universidad de San Marcos. Ejerció funciones consulares en Europa entre 1860 y 1863, año en que regresó al Perú, llamado expresamente para actuar como Secretario del Congreso Americano de Lima del año siguiente. Se destacó como poeta, vinculándose profundamente con la vida intelectual peruana de la época. Con estos antecedentes, es fácil comprender por qué, decretada el 26 de junio de 1866 la construcción del monumento al 2 de mayo, el Gobierno le confiara el cumplimiento de ese Decreto.

Siete años completos de su vida gastó Llona en esta Comisión, a la que se entregó por entero y con gran sacrificio personal, pues había renunciado antes de salir para Europa, el 50 por ciento de su sueldo. La labor de nuestro compatriota consistió, en primer término, en promover en París el concurso correspondiente, que tuvo enorme resonancia; treinta proyectos fueron presentados, todos ellos de los más grandes artistas y arquitectos de Europa. Trabajó luego en la selección del jurado, y cumpliendo este requisito, se dedicó por entero a supervigilar tanto en París como en Carrara una obra que exigía labrar de la manera más perfecta 500 toneladas de granito de los Vosgos, "en ciertas partes con el primor de una encaje"; fundir 12 metros de

bajorelieves con escenas alusivas al 2 de mayo, cuatro estatuas colosales de bronce que debían representar a las cuatro Repúblicas Aliadas, una figura alada de la Victoria y cuatro proas de bronce.

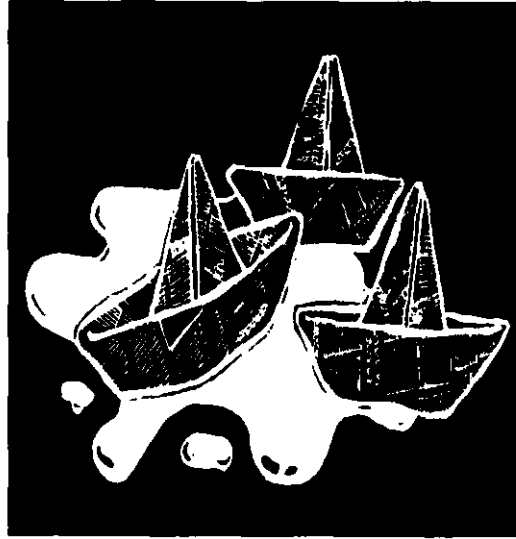
Finalmente se preocupó del embarque del monumento hasta el Perú, tarea que vigiló con la misma dedicación y celo que había puesto en todas las tareas anteriores. El mismo recibió en el fondo de las bodegas del barco que las llevó al Perú, las gigantescas cajas hasta 400 quintales que llevaban las piezas de la colosal obra.

Teresa María Llona, autora de una interesante semblanza de su tío Numa Pompilio, se ha preocupado, con mucha razón, de destacar el manejo verdaderamente milagroso que hizo Llona de los escasos fondos que se le habían dado por la construcción de la obra. Toda ella costó 66.000 soles, de manera que Llona pudo devolver una suma de 34.000. En cambio la simple instalación del monumento en Lima, tarea en la que ya no estuvo presente Llona, exigió egresos de más de 70.000 soles; más que la propia obra de arte.

Hay algo que merece también destacarse en relación con la actuación de Llona. El monumento lleva seis bajorelieves que representan escenas vívidas del combate del 2 de mayo, de una fidelidad sorpren-

dente, pese a que ninguno de los artistas viajó al Perú a documentarse. El éxito, la rigurosa autenticidad lograda, se debió en gran parte a la dirección que el propio Llona dio a los artistas, a sus detalladísimas explicaciones.

Nuestro país está presente en aquel monumento; no podía dejar de estarlo: fue una de las Repúblicas Aliadas; muchos ecuatorianos combatieron en el Callao y finalmente, porque Llona no podía olvidarse de su Patria. En efecto, la presencia ecuatoriana está destacadamente significada en el segundo cuerpo del monumento. Este cuerpo se halla formado por un enorme pedestal cilíndrico de mármol en el que se apoyan cuatro zócalos, también de mármol; en este pedestal descansan cuatro grandes estatuas de bronce, dos veces el tamaño natural, que representan a Ecuador, Bolivia, Chile y Perú. Hay también en este cuerpo los escudos de las cuatro Repúblicas Aliadas y la inicial de cada una, en el friso. María Teresa Llona describe así la estatua que representa al Ecuador, colocada entre las de Chile y Bolivia: "Representa una virgen de tipo de la coronada por el sol ecuatorial. El cabello trenzado cae sobre un poncho nacional y la virgen pisa un caimán que es uno de los símbolos puestos a sus pies, junto con el plátano y la piña y el agua que se derrama en



una urna. La estatua, con las manos extendidas, recibe el tratado que le ofrece Chile y a su vez, ofrece el suyo a Bolivia.

Pero no solo la Patria ecuatoriana, sino también el propio poeta Numa Pompilio Llona, está representado en el monumento, con mayor autenticidad que cualquier otra figura presente en los bajos relieves, pues fue el único modelo viviente que dispusieron los artistas. En efecto, en una de esas extraordinarias y bien logradas obras de arte, quizá la más interesante y hermosa, como es la que representa la entrada triunfal de las tropas a la Plaza de Armas de Lima después del combate y en la que aparece una gran

multitud que observa el desfile, descolla en primer plano la figura de Numa Pompilio Llona en compañía de su primera esposa.

Con motivo de la inauguración del monumento, 28 de julio de 1879, los diarios peruanos elogiaron la forma en que Llona había cumplido su misión y juntamente con los partidos políticos, presentaron al Congreso un proyecto de decreto de reconocimiento a Llona, por los servicios prestados. El Congreso no llegó a aprobar el proyecto y ni siquiera indemnizó al ilustre ecuatoriano por las pérdidas materiales que había sufrido como consecuencia de su comisión.

Llona retornó a Guayaquil en 1903 y murió en 1907. Poco antes

la Patria ecuatoriana había ceñido la frente del poeta con una corona de laureles, tallada en oro. José de la Riva Agüero, el publicista, calificaría a Llona de "gloria indivisa del Ecuador y del Perú". María Teresa Llona en las palabras con que nos dedica el folleto que escribiera sobre su ilustre pariente, lo llama, "vínculo indestructible de la fraternidad peruano- ecuatoriana". Eso es lo que debieron ser, en efecto, Llona y las centenas de próceres ecuatorianos que hemos mencionado a través de las ya largas páginas de esta obra. Esto sin embargo no ha sido posible y no por nuestra causa; la realidad ha sido otra: terrible, frustrante, dolorosa.

